

Nota de traducción

La traducción al castellano de esta investigación Mostafa Al-Azemouri, explorador de los Estados de Arizona, Nuevo México y Texas de la obra *La personalidad marroquí en la dinámica de la diversidad* ha supuesto una tarea estimulante, y fructífera por la particularidad de un personaje desconocido por los propios marroquíes. La tarea de traducción no ha dejado de plantear cierta complejidad, resulta siempre pariendo del texto original en árabe, que ha prevalecido sobre la francesa, siempre contrastada con el original simultáneamente, y en especial en aquellos pasajes ante algunas referencias históricas.

Mohamed Chouirdi Bouharma Akhrif.

Hispanista, Diplomado de la Escuela Diplomática de Madrid.



Mostafa Al-Azemouri, explorador de los Estados de Arizona, Nuevo México y Texas

Chouaib HALIFI

Preámbulo

¡Nadie puede predecir su futuro! Sin embargo, muchos factores que ocurren en un momento dado pueden prefigurar un destino que se entrelaza con el espacio y su condicionamiento, con el movimiento de la historia en su conjunción con la dimensión subjetiva, así como con las coincidencias maliciosas que agregan siempre su sazón y su fantasía, haciendo de este momento el comienzo de una aventura prodigiosa, y de su protagonista una historia transmisible o una enseñanza innegable. En un contexto histórico caracterizado por la tensión y abierto a todo lo posible, sucede que en un momento dado puede surgir lo predecible y lo impredecible, que este momento se prolongue en el futuro, a diferencia de otros momentos que se volatilizan y caen en el olvido, demostrando ser a veces una prueba y un obstáculo. Nuestra historia no está libre de tiempos difíciles y espinosos, tanto en los períodos constatables como en aquellos que no lo son.

Los momentos de gloria son aquellos que se transforman en un símbolo de un presente eterno, necesariamente conducido por personalidades que hacen de sus vidas un libro abierto a las posibilidades de cambiar nuestra representación de la vida al más alto grado de grandeza, progreso y nobleza. Son estas personalidades las que hicieron historia, definieron un horizonte, crearon ideas y sueños, hicieron descubrimientos o realizaron aventuras... Y, en cualquier caso, encarnan el estatus de una personalidad histórica humana, habiendo trazado una trayectoria que cruza el tiempo incorporando los valores más sublimes. De hecho, una historia de éxito extraordinario realizada por un individuo puede convertirle en una personalidad histórica, que con el tiempo se convierte en una narración que conserva la esencia de su altura, especialmente cuando esa personalidad ha logrado reemplazar los prejuicios con nuevas ideas. En este panorama, contaré la historia de uno de

los que afirmaron la capacidad de la personalidad marroquí para aventurarse en mar y en tierra. Este fue Mostafa al-Azemmouri, citado en las crónicas occidentales como Esteban, o Estebanico. Es el ejemplo de un marroquí, originario de la región de Azemmour del siglo XVI, que se elevó de su condición de persona común a una personalidad destacada, que simboliza la voluntad de liberación, riesgo y afirmación en situaciones muy difíciles, porque ha logrado conducir un momento histórico hacia una trayectoria de aventuras, exploraciones y peligros mortales. Así, Mostafa al-Azemmouri logró poner su sello en la historia de los descubrimientos humanos, además de lo que se ha registrado en las historias de viajes y aventuras en América. En reconocimiento de este explorador marroquí, considerado el primer africano que descubrió América del Norte, Nuevo México y Arizona, se organizan celebraciones en su homenaje en Nuevo México y el oeste americano, así como un festival anual en Pensacola, Florida. Incluso hoy, las tribus indígenas zuñi continúan creyendo en sus milagros. ¿No es el marroquí africano que se enfrentó a la muerte como un demiurgo tanto en los mares que diezmaron a cientos de hombres, como en los caminos de desiertos áridos y muertos? La historia de al-Azemmouri corrobora la audacia de los marroquíes para aventurarse en alta mar, refutando así las afirmaciones contrarias. Aunque no podía leer ni escribir para grabar su historia, se ha destacado en el uso del lenguaje cotidiano y hablaba más de cinco o seis dialectos aprendidos durante su largo peregrinaje. Podemos suponer, de hecho, que él no advirtió, como ocurre en las grandes epopeyas perdidas, la dimensión del acontecimiento que gestó durante varias etapas de su aventura en busca de un nuevo territorio que fundara un nuevo mundo para reemplazar al de la Europa antigua y establecer la cultura de la aventura, de la audacia y de la confrontación con lo desconocido apoyándose en lo conocido.

Contexto de un nacimiento

Mostafa al-Azemmouri nació hacia 1503, de padres marroquíes, en la ciudad de Azemmour, que goza de una ubicación estratégica, en el centro de Marruecos, en la costa atlántica, atravesada por Um-r-Rabie, uno de los grandes ríos de Marruecos, que desemboca en el océano atlántico, Azemmour es una de las ciudades más antiguas donde aún se conservan vestigios de la civilización fenicia, romana e islámica. Estas huellas aún testimonian su capacidad para sumergirse en la historia y la diversidad. Su

ubicación, con vistas a la desembocadura de un gran río, rico en sábalos, favoreció el deseo de penetrar en un Marruecos lleno de riqueza. Muchos otros factores también estimularon la codicia del otro, especialmente de los portugueses y españoles, que intentaban constantemente ocupar esta ciudad abierta a espacios terrestres y marítimos fluviales. Desde el padre que trabajaba en la fabricación de botes, falucas y cruceros, y que practicaba como todos los marinos que pescan en el mar y en el río, fue aquí donde nació Mostafa, en una ciudad abierta a todos. Las culturas de Marruecos son el resultado de la interferencia en diferentes costumbres y lenguas pertenecientes a árabes, amazighs, marroquíes del sur, así como a judíos y extranjeros apoyándose. Era una ciudad rica en una historia que se remonta a los albores del tiempo, por su mar, su río, su naturaleza, así como sus recursos humanos y económicos. Lissan ad-Din ibn al-Khatib lo describió así:

Vecino de un río y un país, hermoso en primavera como en otoño, en un lugar bendecido. Su faro y sus torres de vigilancia, como estrellas brillantes, dominan el valle. Su abundancia, nada puede igualarlo. Sus recursos son un río cercano y un mar frente a él. Ella sabe cómo almacenar su comida, saciar las papilas gustativas y está llena de productos. Suculentas son sus platos gracias a la carne de animales terrestres y de caza. Felices son sus habitantes, cuya vestimenta es uniforme y la casa noble. Su sábalos no tiene tal cosa. Se dedican, por su economía, a arar y cosechar, y no saben cómo someterse, y sus plantaciones no son abundantes; abogan por semillas de mostaza con piedras y negocian precios engañosos con espadas. Amazigh es su lenguaje, bellas son sus esposas, rara es su beneficencia, compitiendo en suficiencia. Su país carece de agua, sal y loza (Ibn al-Khatib, p. 158-159).

La larga y dolorosa vida de Azemmour llevó la herida de Marruecos y el Occidente musulmán, porque justo antes de que cayera en manos de los portugueses, en 1492 se produjo la contundente caída de Al-Ándalus. La presencia portuguesa en Azemmour se remonta a 1486, ya que la ciudad de Azemmour tenía que pagar al rey portugués un tributo anual, antes de que los portugueses intentaran conquistar Azemmour nuevamente en 1508, pero éstos fueron derrotados y su flota fue derrotada en el mar. En 1513, atacaron la ciudad de nuevo y lograron ocuparla hasta 1541. Esta situación se vio favorecida por la impotencia de los saadíes, que reinaban en ese momento, y

por los muchos años de hambruna (1511, 1513-1514, 1521-1523, 1525, 1541), donde la muerte se desató a su antojo, dando lugar a narraciones fantásticas informadas por historiadores, que registraron ocho hambrunas durante el siglo XVI, la más larga y la más extensa y terrible fue la de 1521, que duró tres años. La gente buscaba la más mínima cantidad de alimentos por cualquier medio, incluidos aquellos que no valoraban la fe y la moral. Esta situación obligó a algunos de los pueblos de Azemmour y Safi a pedir refugio al rey portugués en Portugal con el pretexto de que eran cristianos. Pero el sueño de irse a Portugal era huir de un mundo estrecho donde la muerte se regía por el hambre, la anarquía, los secuestros, los asesinatos y los saqueos. Muchas personas incluso se vendieron a los cristianos a bajo precio por una comida de higos o pasas (Bernard Rosenberger, pp. 45-46) La relación de estos hechos por parte de los extranjeros no carece, además, de arrogancia y exageraciones. Varias fuentes también evocan la tiranía de los soldados de la ocupación portuguesa, que habían entrado en Azemmour en 1513, y la forma en que explotaron el sufrimiento de los marroquíes y la hambruna que los azotó. Estos soldados se convirtieron en esclavistas y corsarios en enlace con otras potencias. Practicaron el secuestro y la trata de personas, y la propagación de la corrupción. Llevaban diariamente a Portugal en bote a los marroquíes secuestrados y a los que se habían vendido como esclavos. Luego los vendían a precios diez veces mayores en Castilla u otros mercados de esclavos. Estas hambrunas habían favorecido la venta de los niños y las niñas más hermosos como esclavos. Yaakub ben Ghariba, adjunto a los portugueses y residente en Azemmour, fue el intermediario en este comercio de esclavos humanos y tenía derecho a su parte de los ingresos por las ventas, que se encontraba en el lugar del puerto de Azemmour (Halima Bengarii, p. 100).

Los historiadores consideran unánimemente que el siglo XVI fue un siglo crucial, cuyos eventos y sus consecuencias duraron mucho tiempo. Podemos fechar su inicio en dos eventos cruciales que tuvieron lugar en 1492: por un lado, la caída de Andalucía y lo que representa como dimensión árabe-musulmana durante ocho siglos, y, por otro lado, el descubrimiento de América, que encarna el impulso expansionista europeo; dos eventos cuyas consecuencias se vincularán a lo largo de este siglo a nivel político, geográfico, demográfico e intelectual, tanto en Marruecos como en Europa.

El año 1603, coincidiendo con la muerte del sultán marroquí Al-Mansur ad-Dahbi, puede considerarse el final de este siglo y el comienzo de un nuevo período de desintegración. Durante este siglo indomable, asolado por la violencia y las epidemias y marcado por la ambición de España y Portugal de conquistar nuevos mercados y nuevas colonias, la conciencia europea estaba trabajando al mismo tiempo para renovar sus pensamientos y sus ideas: redefinición en el plano religioso, político y cultural. Se tuvo en cuenta la noción de propiedad y la necesidad de construir un nuevo mundo capaz de seducir por su riqueza y nuevas ideas para una nueva vida, y que pudiera dotar al europeo —después de haber recuperado Andalucía y ahuyentar a los árabes— de la identidad de una nueva racionalidad económica, política y cultural. Sobre esta base la península ibérica partió hacia las costas marroquíes, contemplando los mundos desconocidos más allá de los mares de la oscuridad. En lo que respecta a Marruecos, a principios del siglo XVI, el Gobierno central estaba experimentando un período de decadencia y colapso. Era un Marruecos de dos cabezas, dividido en dos Estados, el primero en Marrakech, el segundo en Fez. Los wattasíes no lograron, desde su toma del poder en 1471, después de la caída de los meriníes, fortalecer su poder ante amenazas externas desde el este de Marruecos, tras la penetración de los otomanos en Argelia en 1513, y desde el norte, ante los deseos colonialistas de España y Portugal. Además de estas amenazas, había problemas internos, incluidos las muchas sequías, hambrunas, epidemias y conflictos tribales. Una corrupción general, entonces, se propagó por el país, y las exigencias religiosas y morales desaparecieron debido a la decadencia social y la desviación excesiva. El Estado saadí (1510-1656) se alumbró en el regazo del Estado wattasí, que no pudo garantizar la seguridad alimentaria, espiritual y militar de Marruecos. El nuevo Estado proclamó la yihad para la liberación de los enclaves marroquíes y erradicar la ocupación portuguesa y española. Esta exigencia le hizo ganar el favor del pueblo. Es importante mencionar aquí los aspectos culturales, que estaban relacionados con aspectos sociales, y hacia los que el ciudadano marroquí, en general, y los habitantes de Azemmour, en particular, se manifestaron apasionados. Estos aspectos culturales fueron decisivos en el fatídico viaje de Mostafa al-Azemmouri. De hecho, este siglo estuvo marcado por la propagación de historias míticas, prácticas de curandería y brujería, así como por la aparición de predicadores, fraternidades extrañas y sufíes vestidos de jirones,

individuos bailando y vociferando palabras enigmáticas; parecía como si todos se hubieran convertido, en este mundo cruel y violento, en sombras o símbolos herméticos, encontrando en la ciudad de Azemmour un espacio mágico e ideal para el florecimiento de su imaginación. Tales figuras todavía existen hoy, manteniendo bajo su protección sus secretos culturales y populares, y practicando ritos y hábitos misteriosos relacionados con las vidas de dos santos patronos que vivieron una historia apasionada y emigraron de Iraq para establecerse en este espacio mágico, a saber, Mulay Buchaib ar-Reddad y Lalla Aicha al-Bahrya. Estas prácticas también estaban vinculadas a una forma de vida determinada por una geografía que se imponía por su río, su mar y sus tierras, ofreciendo a los vagabundos espacios, por supuesto, en completa libertad. Entonces, Azemmour constituyó un espacio de convivencia cultural entre árabes, amazighs, saharauis y judíos, que atrajo a académicos, poetas del melhun, (Género musical marroquí) escuelas y movimientos sufíes. Azemmour, que estaba eternamente orgullosa de estar entre las ciudades más antiguas de Marruecos, no descuidó las huellas dejadas por las culturas heredadas de hombres libres, conquistadores, mercaderes, saqueadores y santos patronos. Aquella ciudad de Azemmour siempre estuvo en sintonía con su mundo abierto y con los destinos que corrían con el viento, en un Marruecos donde su cultura de la época reflejaba el alcance de su terrible experiencia y el terrible vacío espiritual que había engendrado, provocando una caída rápida y una conflagración cuyos charlatanes no dejaron de relucir, en un contexto de guerras absurdas y epidemias que no perdonaron a nadie.

¿Tuvo Al-Azemmouri alguna visión premonitrice que brotara de su visión en la noche de aquel mundo final? Él □ que quizás asistió durante un tiempo a la escuela coránica, y aprendió oralmente a recitar suras breves □ ¿hubiera visto este fino hilo de luz en esta oscuridad?

¿Malicia de la historia y las coincidencias?

En aquel siglo lleno de contradicciones nació Mostafa al-Azemmouri, y en esta misma ciudad en la que nació otro gran poeta de zéjel, Abderramán al-Maydoub (alrededor de 1568), que emprendió un viaje a Mequinez, donde vivió increíbles aventuras. Mostafa, siendo un niño, decidió quedarse en su ciudad para ayudar a su padre en su taller de reparación y fabricación de

botes y redes de pesca, o para dedicarse a la pesca. Al convertirse en un hombre joven, ya había adquirido, como todos los niños de su edad en esta ciudad dedicados únicamente a las pruebas, una gran experiencia en esta vida en forma olas, en sus perdiciones y en sus resurrecciones y en su sabor salado. Se había convertido en una parte integral del mundo del mar, de los ríos y del sol. Su color se había bronceado, cubriendo un cuerpo imponente con su vigor, delgado como una lanza que penetraba en la oscuridad y se impulsaba con toda su fuerza hasta llegar el amanecer. Esto suscitaba envidia entre los europeos, que sufrían un complejo de superioridad, a calificarlo en todos sus escritos como negro y esclavo, en vez de alabar sus hazañas en sus escritos. Durante estos tiempos, los niños se convirtieron en hombres reales a una edad temprana, porque crecieron al raso, bajo el sol, en un mundo donde la vida estaba en todo momento abierta a la muerte. Así era el caso Mostafa, al que la infancia le duró poco tiempo, ya que la vida en su conjunto o se la juega a uno o uno juega con ella. Mostafa creció y maduró rápidamente para apropiarse de la vida de los adultos en una ciudad diseñada para experimentar la valentía de los hombres, en la desembocadura de un río, que vivía al ritmo de las llegadas y salidas de los barcos portugueses. En pocos años, menos de dos décadas, sufrió la ocupación, la violencia, el hambre y las epidemias. Por esta experiencia estaba dotada de la capacidad de luchar, maniobrar y enfrentarse al peligro y a lo desconocido, frente a un mar que se extendía en la oscuridad. No resignado a las almas muertas de los aventureros y los dolores ocultos por mundos desconocidos, eligió probar la salinidad y la impetuosidad del río, regocijándose en las elevaciones y danzas del sábalo mientras que, en el barrio de este río, un santo patrono yacía en paz eterna ; se contentó con escuchar los gemidos y sollozos de mujeres magulladas, matrices impacientes, esperando al hijo varón, que las curara de su soledad e irrigara su filiación. En aquel período difícil y cruel □ que había destruido todas las fronteras y autorizado a los ilícitos □ los portugueses, enamorados de Azemmour, se habían animado a embarcarse en una nueva conquista. El capitán portugués, que gobernó a Azemmour como un tirano, practicó una intolerable injusticia y despotismo contra los marroquíes, dando rienda suelta a las acciones de sus soldados y entendiéndose con los esclavistas y mercenarios, que encontraron en el tráfico de personas una oportunidad de enriquecerse. Durante la primera y segunda décadas del siglo XVI, frente a la injusticia de los ocupantes, las vicisitudes del tiempo y la

naturaleza, muchos marroquíes habían huido de sus tierras a Portugal y a España, arriesgando sus vidas, abandonando todas sus propiedades. Algunos se vendieron en escenas surrealistas, afirmando haber abandonado su religión musulmana y haberse convertido al cristianismo; otros, en grupos sucesivos, fueron eliminados por diversas estratagemas o en expediciones por aldeas vecinas (Azemmour), raptando a niños y niñas, llevándolos en botes a los mercados de esclavos en Portugal y España. Este tráfico de seres humanos garantizó al gobernador, a los soldados, a los traficantes de esclavos y a todo tipo de mercenarios, recursos financieros considerables y constantes. Sin embargo, esta situación llevó a una resistencia continua que no dejó de vengarse de estos opresores. Dicha situación se intensificó durante los primeros veinte años del siglo.

Es probable que, en el año 1518, o en 1520-1521, la vida de Mostafa al-Azemmouri se viera afectada por un cambio crucial. Dos hipótesis emitidas se superponen e inevitablemente conducen al mismo destino: o bien lo raptaron por la fuerza los portugueses, dada su juventud, su fuerza, su experiencia en el ámbito de la pesca y la fabricación y reparación de embarcaciones; o bien, eligiera (ante la magnitud de las privaciones que su familia y él sufrían) las formas de vivir, el camino de la sumisión a los portugueses, soñar con un paraíso, lejos del infierno de Azemmour, como decenas de miles de personas que sabe que se fueron a Portugal. Promovidos por los raptos para cualquiera que estuviera en busca de ganancias abundantes, los secuestros fueron generalizados en tierra y mar. Por casualidad, al mismo tiempo, otro marroquí fue secuestrado el 8 de junio de 1518, precisamente, por los piratas españoles, simpatizantes de don Pedro de Cabera, que detuvieron un barco cerca de la isla tunecina Yerba, a su regreso de Constantinopla desde el Levante y Egipto. Habían detenido a todos los pasajeros para venderlos como esclavos, con la excepción de un pasajero, cuya nobleza y orgullosa apariencia había llamado su atención. Se enteraron de que estaba en una misión diplomática para el sultán marroquí: era Hassan al-Wazzan, (El león el africano) que se había establecido en Fez, con su familia al servicio del sultán, después de su regreso de Granada. El corsario jefe le hizo un presente al papa León X en Roma, según una tradición aparentemente justificada por la religión, pero marcada en su quema por una comedia negra. León X se dio cuenta rápidamente del valor de aquel regalo

y decidió bautizarlo dándole su nombre, León el Africano, por el que se dio a conocer posteriormente. Con mucho gusto se comprometió a dedicarlo a los estudios y trabajar en total libertad junto con los grandes pensadores de la época, como, Alberto Pio (príncipe de Carpi), Egidio Dafer y otros pensadores que aún se dedicaban al estudio de historia, filosofía, lenguas, religión y culturas. Además, el año 1527 fue un año crucial tanto para Hassan al-Wazzan como para Mostafa al-Azemouri, ya que, en aquel año, asistió a su famosa expedición exploratoria. Hassan al-Wazzan después de terminar su famosa obra Descripción de África, abandonó Roma para una nueva trayectoria. Hassan al-Wazzan viajó mucho. Hospitalario, su captura le dio la oportunidad de componer una obra que alteró los cimientos del conocimiento histórico y geográfico de África. En cuanto a Mostafa al-Azemouri, su viaje conmovió todos los viejos conocimientos de él, al reemplazarlos con nuevos conocimientos y nuevas historias, cuyo eco continúa hasta hoy.

Mostafa al-Azemouri en cautiverio

En sus viajes diarios, los barcos, acostumbrados a embarcar hombres libres □ se los convertía en esclavos por la fuerza de documentos legales expedidos sobre la marcha □ partieron, liderados por hombres, en cuya sangre circulaba la agitación de los corsarios y la codicia de los esclavistas y especuladores.

Al-Azemouri debió haberse embarcado en uno de esos barcos, que se enfrentó a las olas al mediodía; apenas podía dar una explicación de lo que le estaba pasando; se hallaba en un estado de sumisión, apoyado en la barandilla de color óxido, observando las últimas siluetas de la ciudad, el río y los colores grises de la atmósfera, que se convirtieron en vapores que subían al cielo antes de volver a caer para apagar la ardiente sed de la tierra. Zarpaban los buques con sus botines, como ladrones que no escondían lo robado bajo el sol ardiente y en un silencio lleno de ansiedad. Algunos se dirigían a los mercados de Portugal, otros a Castilla, donde se acostumbraron a vender sus envíos. Allí, otros traficantes de esclavos, corredores y otros hombres de la nobleza esperaban las llegadas. Tan pronto como atracaban los barcos, comenzaban las operaciones de venta, tras los procedimientos de control y aprobación. Signo del destino, un joven castellano, de mediana

nobleza, llamado Andrés Dorantes, se presentó y compró a Mostafa al-Azemmouri, extrañado, triste y sumiso, para que le sirviera. Lo llevó a su pequeña aldea llamada Béjar, adscrita a la jurisdicción de Salamanca, que estaba habitada treinta años antes por una gran comunidad de árabes y otras nacionalidades.

La atmósfera de España aún respiraba la presencia de los musulmanes, a pesar de los inhumanos decretos del rey Fernando y la reina Isabel, emitidos desde 1502 y estipulando la conversión de todos los no cristianos al cristianismo, o su salida de Al-Ándalus. Esta situación llevó a los terribles tribunales de inquisición, que sometieron a los musulmanes a torturas, interrogatorios y confiscaciones de sus bienes. En la oscuridad de este clima, Al-Azemmouri caminó siguiendo a su señor, Dorantes, que, según varios documentos históricos, era un noble caballero y bueno, que tenía la edad de su acompañante (o tres años más que él, 1500-1550). Le dio otro nombre a Mostafa, derivado de su nombre original, y lo llamó Esteban o Estebanico. También se aseguró de convertirlo en una iglesia de su pueblo al cristianismo para proteger su vida. Mostafa vivió, presumiblemente, durante siete años, al servicio de un amo, que vivió en un mundo donde los sueños crecieron rápidamente, alimentándose de historias que magnificaban el enriquecimiento exuberante en nuevas tierras descubiertas, llenas de vida y oro. Las tierras de la Florida atrajeron a los aventureros, que, sin embargo, estaban al tanto de los terribles eventos informados a través de narraciones orales que indicaban todos los peligros posibles. Florida era un objetivo, del que nada podía desviarse, representando un espacio mágico, y sus ciudades estaban hechas de oro y piedras preciosas; no importaba, entonces, el gran número de muertos que cayeran en su camino, el más famoso de los cuales fue Juan Vinci Leoni, que lo descubrió en 1512, y fue derrotado por los nativos. Huyó a la isla de Cuba, donde murió a causa de sus heridas. En aquel contexto, otro capitán, llamado Pánfilo de Narváez, decidió reanudar la aventura. Tras un doloroso pasado de tres años vivido en Cuba, durante el período de 1511-1518, estaba obsesionado con la esperanza de desafiar al aventurero Hernán Cortés, su rival, que le había causado la pérdida de un ojo y fue el responsable de su cautiverio durante tres años.

Después de regresar a España, Narváez estableció otro plan y reunió todos los documentos, mapas y trucos necesarios para pedirle a la Corona española

que le encargara su expedición exploratoria en la península de Florida para descubrir las regiones desconocidas, difundir el cristianismo, izar la bandera de la Corona en estas tierras y acumular oro para la Corona. Se le otorgó un apoyo pleno; asimismo, había reunido a su alrededor a varios nobles, habiéndolos convencido de embarcarse en un viaje prometedor de opulencia y apropiación de tierras vírgenes, a cambio de su nombramiento como gobernador de Florida en nombre de la Corona castellana. Reunió mapas y provisiones; estuvo acompañado por expertos en navegación, mar y astronomía, además de cuarenta caballos y cinco barcos de vela que transportaban a seiscientas personas, incluso para diferentes misiones, soldados, monjes y sirvientes, diez mujeres, novias de oficiales, y varios nobles: el más famoso fue Andrés Dorantes, duque de Béjar, acompañado por su criado Mostafa al-Azemouri.

El objetivo de Dorantes era invertir su fortuna en aquel viaje; fue galardonado con un rango militar en aquella ocasión. También se incluyó en la aventura a Álvarez Núñez, conocido como Cabeza de Vaca, como tesorero de la expedición e informador del rey. Más tarde, redactó unas crónicas de viaje, que se convirtieron en un documento de referencia sobre esta expedición.

Mostafa al-Azemouri se quedó asombrado durante mucho tiempo por su nueva situación, ya que su amo actuaba como un amigo y compañero para él; tal vez, encontró entre los acompañantes árabes, hombres y mujeres, lo suficiente para suavizar su cambio de escenario doloroso. Pero el horizonte de una nueva aventura hacia un nuevo mundo comenzó a aparecer ante el anuncio del 17 de junio de 1527 como el comienzo de la navegación, sin que nadie se imaginara las dificultades a las que se enfrentaría esta exploración, bajo el mando de un capitán aventurero que solo veía por un ojo.

Las siete expediciones

En un escenario donde comienza a mezclarse lo imaginario con la realidad, la imagen de Mostafa al-Azemouri tiende a confundirse con la de Simbad el Marino, que se enfrenta en los siete maravillosos viajes a la muerte y lo inesperado que acechan por todas partes, sin dejar otra alternativa a la vida que no sea la lucha y el calvario. Era una nueva aventura, una expedición exploratoria donde su amo Andrés Dorantes se embarcó ¡como comandante!

Mostafa fue el único árabe y el único marroquí que constituyó una excepción en las tradiciones exploratorias europeas, donde la participación de los árabes estaba prohibida. Se trata de siete etapas progresivas con episodios enredados, como una larga peregrinación religiosa; así emprendió el viaje Al-Azemmouri, que comenzó el 14 de junio de 1527 y finalizó en el verano de 1539.

La primera etapa: navegar hacia lo desconocido

Del puerto de Sanlúcar en la desembocadura del Guadalquivir al oeste de Cádiz, partieron los cinco barcos, bajo la mirada de una multitud que no podía explicar la naturaleza de los gritos; ¿eran gritos de adiós o llanto por los muertos? En aquel momento, Narváez, un conocedor de las formas en que había perdido su libertad y uno de sus ojos, escondió en un profundo rincón del alma y su memoria los secretos de los temores futuros. ¿Iba impulsado por el deseo de vengarse del pasado? ¿Estaba acaparado por la pasión de explorar territorios que antes nadie había podido alcanzar? Miraba con singular atención a aquellos navegantes cuyas explosiones de risa estaban teñidas con el alegre color de los sueños y la impronta de la estupidez. Tras meses de agotador cruce, los exploradores habían agotado sus palabras y sus ambiciones se habían despojado de sus colores superficiales para dar paso a la angustia que aplastaba los sueños. El capitán Narváez finalmente decidió detenerse en la isla de Santo Domingo, entre Haití y Dominica. Permanecieron allí durante un mes y medio para reavivar los sueños, reparar los daños de los barcos y abastecerse de provisiones. Pero ciento cuarenta viajeros, presas del miedo y del desencanto pleno decidieron quedarse en la isla, abandonando su sueño de enriquecerse. La expedición continuó su viaje a Santiago para detenerse en un puerto de la isla de Cuba y abastecerse de armas y caballos. Narváez también compró otro barco para tranquilizar a sus compañeros y alimentar sus sueños empañados. Pero, en lugar de ordenar la continuación del viaje, aceptó la proposición de un noble de la zona, que ofrecía sin contrapartida un suministro generoso, pero que debía traerlo de la ciudad de Trinidad, a cuatrocientos kilómetros de la isla. Sus barcos luego surcaron el oleaje hasta que llegaron al puerto de Santa Cruz. Desde allí despachó dos barcos con noventa hombres, que atracaron un sábado en el puerto de Trinidad. Justo antes de llegar a la ciudad, el clima se oscureció y quedaron atrapados en la trampa de un tornado mortal;

decidieron, entonces, que una parte de ellos permanecería protegida en la nave, y la otra parte, constituida por treinta personas, iría a buscar la ¡donación mortal! Pero un tornado destruyó la ciudad entre los días del domingo y el lunes, y arremetió contra los barcos, reduciéndolos a pedazos. Había sesenta hombres a bordo, a quienes la ira del cielo diezmó. El mismo destino azotó el puerto de Santa Cruz. Esta fue una de las tragedias que sufrió la expedición. Las otras cuatro naves escaparon sin mayores daños. Sesenta personas murieron ahogadas y se perdieron dos naves. Solo treinta personas salieron ilesas, así como veinte caballos, que vagaron por la isla durante varias semanas, como huérfanos horrorizados por la ironía del destino, antes de ser recuperados por Narváez, que fue informado de la tragedia, y que llegó a la isla el 5 de noviembre de 1527. El terror se había apoderado de todos los viajeros, que habían perdido todo entusiasmo en el extraño clima del invierno. ¡Fue el comienzo del desencanto! Algunos gritaron en voz alta su deseo de regresar a sus países, pero el capitán logró convencerlos de que se quedaran en Trinidad y esperaran a que se despejara el clima, a que los ánimos se calmaran y a que viniera la primavera; así permanecieron en la isla hasta el 22 de febrero de 1528.

La segunda etapa: ¡la muerte avanza sin velo!

De nuevo, la expedición zarpó con cuatro veleros y un barco pequeño; abordo, iban cuatrocientos hombres y ochenta caballos hacia la costa de Florida, donde llegaron, asustados, en medio de la tormenta y los tornados. Fue un jueves, de 14 de abril de 1528. El sábado, 16 de abril, en un ambiente que no estuvo exento de lo absurdo, rodeado de cuatrocientas personas que acompañaron a Narváez, este se proclamó gobernador en nombre de la Corona española, dirigiéndose a ellos con un entusiasta discurso de gran conquistador, invitándolos a ocupar las modestas chozas abandonadas por los habitantes nativos. Fue la primera decisión colonialista europea después de que estos nativos hubieran recibido con amabilidad a los exploradores europeos, ofreciéndoles pescado y carne de caribú. Pero invadidos por un sentimiento de recelo, actuaron con discreción al volver a reclamar sus chozas ocupadas. En respuesta, fueron expulsados y amenazados. Los ocupantes ostentosos se resignaron y se retiraron, dejando atrás senderos de oro, Narváez, el nuevo gobernador, se precipitó y empezó la búsqueda del oro y del maíz. Formó un pequeño grupo de cuatro oficiales y cuarenta

hombres, y se dirigió a la costa. En su camino, volvieron a descubrir las huellas del oro mortal. Durante su segunda invasión europea, mantuvo secuestrados a cuatro aborígenes, que le habían sugerido que fuera a Apalachee, un territorio prometedor de fortuna, oro y piedras preciosas. Pero fue una sugerencia maliciosa. Luego regresó a su base, acompañado por los cuatro cautivos, y decidió, el sábado 1 de mayo de 1528, dejar a cien hombres, que se encargaron de la vigilancia de los barcos y la base de su mando, y lo acompañaron otros trescientos, incluido Mostafa al-Azemouri, Dorantes y Cabeza De Vaca.

Sin embargo, pronto la carrera de los sueños de Narváez se convirtió en una pesadilla, porque se perdieron en los meandros de los bosques y en la maleza durante casi tres meses o más. El tiempo, de repente, careció de sentido en aquella aventura dirigida por un gobernador que no conocía otra forma de tomar decisiones que no fuera la del desastre. La expedición fue objeto de continuos ataques por parte de los nativos, que mataron a unas cuarenta personas alistadas en la expedición. Afectados por el hambre, la enfermedad, el terror y la ulceración de los pies, debido a los largos paseos descalzos, la muerte acechaba a aquellos hombres por todas partes, a cada paso y en cada momento, en la tierra y en los ríos.

En cuanto a las mujeres, ellas hablaron con una sola voz, exigiendo a Narváez que regresaran a su país, especialmente porque recordaban la profecía de una vidente marroquí que, en Andalucía, antes de su viaje, había predicho sobre los peligros en los que incurrirían durante su viaje. No escuchó las advertencias de las mujeres y las miró, inconsciente, como si estuviera mirando al vacío con su único ojo. Más tarde, debido a la fatiga, la debilidad y la desesperación comenzaron a devastar a todos los exploradores. Entonces, consciente de su derrota, finalmente decidió tomar el camino de regreso, bajo el pretexto de organizar una expedición mejor. Después de tres meses de penurias, el 4 de agosto, regresaron a la isla, viéndose sorprendidos y desesperados por la desaparición de los barcos, con hombres, mujeres y provisiones. Habían desaparecido en lo desconocido sin dejar rastro. Se convirtieron en objeto de un gran horror, evidentemente al observar una maldición que los persiguió implacablemente para aniquilarlos hasta el final. Nadie supo sobre el destino de los cien hombres y los barcos desaparecidos.

¿Habían sido diezmados por los aborígenes? ¿Habrían huido, aprovechando la ausencia de aquel jefe temerario? ¿Se perdieron en el mar?

La tercera etapa: ¡solo, muerte!, ¡derrota de los conquistadores!

En aquella etapa, hubo un principio de cambio que afectó a la personalidad de Mostafa al-Azemouri, que hasta entonces estaba, como los otros miembros de la expedición, simplemente observando y preservando su vida, siempre al servicio de su amo Dorantes en primer lugar, y, en segundo lugar, del nuevo gobernador y capitán. Pero los nuevos acontecimientos, que tuvieron que afrontar, con una muerte más que segura, y reduciéndose cualquier posibilidad de retorno, empujaron a Al-Azemouri, experto en construcción de barcos, a fabricar cinco barcos de cruce, ayudado por algunos de sus compañeros. Usaron, para este propósito, los restos de sus túnicas, pieles y huesos esparcidos de los restos de caballos, y todos los objetos encontrados en esta tierra del desierto. La construcción de estos cinco barcos duró apenas un mes y medio, tiempo durante el cual el hambre, la enfermedad y el agotamiento los llevaron en todo momento a una muerte que los seguía observando, además de los ataques de los aborígenes. Las flechas mágicas traspasaron sus almas antes que sus cuerpos demacrados, con encanto y facilidad. Así, cuarenta de ellos murieron; la carne de caballo no bastaba para superar el hambre que los aniquilaba. La posición de Al-Azemouri cambió: se convirtió en jefe de escolta. Luego condujo un bote de cruce con Dorantes y unas cincuenta personas. Los otros barcos también tenían nuevos capitanes. La nueva flota surcó las tormentosas aguas del mar el 22 de septiembre de 1528. Durante su travesía, la infección del agua transportada en los botes fue siniestra para el futuro; se sumó a la contaminación de la esperanza. En esta deplorable situación, Narváez decidió regresar a tierra, en busca de comida y agua. Los botes estaban en la boca del Mississippi, que no los perdonó; se llevó tres botes, los otros dos escaparon de la muerte, uno dirigido por el nuevo capitán, Mostafa al-Azemouri, y el otro por el excapitán, Narváez. Las dos tripulaciones salieron ilesas.

Narváez volvió a desafiar al destino al decidir reanudar la navegación a través de Luisiana, después de muchas aventuras, a veces en tierra, soportando el hambre y la locura del clima, al que los exploradores no podían

acostumbrarse, y enfrentándose a ataques con piedras y flechas, lanzados por los nativos, a veces en ríos que parecían tumbas abiertas. La muerte aún no estaba satisfecha con su pasto. ¡Parecía que estaba tomando su propia venganza! Devastadores tornados se desataron de nuevo, castigando cruelmente el río y convirtiendo los barcos en plumas que hicieron crecer un trance en un trance. En un destello de relámpago, Mostafa al-Azemouri, luchando por sobrevivir, vio con sus propios ojos a Narváez, cuyo barco se había rendido a las olas enormes que lo llevaron violentamente por primera vez a desaparecer para siempre. Los sueños prometedores de Narváez se desvanecieron, enfriando el fondo del mar, convirtiéndose en el cementerio de los aventureros conquistadores. Narváez cerrando su único ojo, se quedó dormido para la eternidad. Tras una noche tormentosa, el temporal se calmó, y los supervivientes se recuperaban arrojados a una orilla, que apodaron Malhado (siniestro), tal vez sea la costa de isla de Galveston o San Luis.

Los supervivientes fueron pocos; dispersos en las playas algunos se comieron la carne de sus compañeros muertos, otros se alimentaban de un poco maíz, pescado y raíces de plantas. Los muertos se sucedieron, arrastrados por el hambre y la enfermedad, o incapaces de sobrevivir por la desaparición del capitán, la mayoría de los oficiales y la pérdida de botes, e indefensos ante la ferocidad de algunos nativos, que habían perdido la confianza en los conquistadores.

La cuarta etapa: una lección única en cuatro años

La tierra diezmó al resto de la tripulación en sucesos trágicos, pero menos crueles que los perpetrados por el mar. No quedaron de seiscientas personas □ que eran felices un año y medio antes, en esta expedición que zarpó del puerto andaluz de Sanlúcar □ más que cuatro supervivientes: Mostafa al-Azemouri, (Estebanico), Andrés Dorantes, Cabeza de Vaca y Alonso Castillo Maldonado. Mostafa tomó el mando y se dirigió hacia una de las tribus cercanas. Dorantes y Maldonado lo siguieron. Estaban desesperados, esperando su hora fatídica. Parecía como si estuvieran viviendo el último acto de un gran cuaderno de viaje, del que solo quedaban cuatro páginas, al margen de un gran libro sobre la vida de la tribu carancao en la costa de Texas. Cabeza De Vaca se unió a él más tarde, después de un deambular que duró más de un año. Esta tribu, rechazando toda hospitalidad,

los había apresado durante más de cuatro años, durante los cuales habían sufrido todo tipo de opresión, tortura y trabajos forzados. Su sufrimiento era tanto mayor ya que esta tribu a menudo se movía con sus chozas en pieles de animales, alimentándose de frutas e insectos. Un día de abril del año 1534, aprovechando la distracción de los aborígenes, que celebraban la cosecha anual de higos, huyeron, a través de los desiertos de Texas en dirección a México.

La quinta etapa: el Hijo del Sol, hacedor de milagros

Desde su huida hasta julio de 1536, durante dos años completos, Mostafa al-Azemmouri se convirtió en un verdadero líder espiritual, extrayendo lecciones de los años de cautiverio, deambulación, a veces, luchando contra la muerte; aprendió cinco o seis dialectos locales y lenguas de signos, y varias costumbres y códigos. De vasallo, se convirtió en un líder milagroso, lo apodaron el Hijo del Sol, que se hizo tan famoso por sus milagros, que curaban a los aborígenes aquejados de vacío espiritual y muchas enfermedades. Para curarlos, al-Azemmouri recurrió a los medios tradicionales, como las plantas, y las oraciones, dichas en un lenguaje enigmático; sin duda, él rescató este lenguaje de las profundidades de su memoria, remontándose a la época en la que vivía en Azemmour, en el viejo mundo. La historia del Hijo del Sol y sus tres compañeros se extendió por todas partes. Este joven, de color bronce y tez delicada, era el profeta del nuevo mundo, en un universo que aún no había tenido a sus profetas. Había venido como esclavo en una expedición de conquistadores, y después se transformó en un profeta milagroso, que daba vida, esperanza y paz. Así, al huir de los conquistadores, los cuatro hombres se convirtieron en almas piadosas, viajando a la cabeza de una procesión de aborígenes que llevaban comida, bebida y regalos de perlas, turquesas, esmeraldas y estatuillas locales. Al-Azemmouri también se ofreció a las mujeres más bellas para asegurar una hermosa prole de su descendencia. Mostró una virilidad que confirmó todos sus milagros. Varios miembros de la tribu se cruzaron en su camino y se unieron como fervorosos creyentes a su bendito séquito y difundieron sus noticias y milagros, que les encantaba contar con una espectacular imaginación.

La sexta etapa: el reposo del guerrero

Un domingo de julio del año 1536, los cuatro hombres llegaron en su legendario deambular, con Al-Azemmouri, a la cabeza, vestidos con una prenda que se asemejaba a la de mjaddhîb y heddawa, y seguidos por tres nobles, agotados por el deambular; su peregrinaje aventurero había aplastado todo su orgullo y avanzado tras ellos iba el amo de su nuevo mundo, al que los aborígenes rodeaban, bendecidos por sus milagros, y dedicando sus almas impotentes a percibir la esencia de las cosas al servicio de este regalo enviado por Dios, en lugar de aquellos conquistadores. Tal situación puede interpretarse lógicamente solo por el poder efectivo de Al-Azemmouri para curar ciertas enfermedades a través de las plantas y su inspiración psíquica. Los nativos encontraron en él a un hombre que los ayudó, a diferencia de los conquistadores europeos, que los trataron con desprecio, diezmando a un gran número de ellos y despojándolos de todos sus bienes. Dos meses después de su llegada, Andrés Dorantes, incapaz de ver lo que había vivido y visto, decidió regresar a su Andalucía, después de haber deshecho su acto de apropiación de Al-Azemmouri. Pero el gobernador, vicario del rey, otorgó a Dorantes libertad total para apropiarse a voluntad de todo lo que deseara en la tierra sobre la que había tomado el control. Así, Al-Azemmouri permaneció con él a pesar de los intentos de Mendoza por convencer a Dorantes para que realizara una misión exploratoria en las Ciudades Doradas. Sin embargo, Dorantes sintió que su fuente de esperanza estaba agotada y que sus sueños de riqueza se habían roto; ya no creía en la importancia de los bienes de este mundo. Su intento de regresar a España fue en vano porque el barco estaba dañado y las condiciones del clima eran deplorables. Luego regresó al puerto de Vera Cruz en México, donde eligió pasar el resto de su vida en la nueva tierra. Se casó dos veces, la primera con María de la Torre, viuda de Francisco de Valdés, que poseía vastas tierras y propiedades en aquel país. Ella le dio un hijo que fue bautizado como Baltasar Dorantes, que redactó un libro sobre aquella aventura. Después de la muerte de María, Dorantes se casó con Paula, viuda de Antonio Gómez de Crona, con quien pasó el resto de su vida, hasta su muerte en 1550.

Alonso Castillo Maldonado, también, prefirió quedarse en el nuevo mundo, Y se convirtió en un gran tesorero en Guatemala. En cuanto a Cabeza de Vaca, prefirió regresar a España para presentar un informe exhaustivo al rey y escribir sus memorias donde relató lo que él creía adecuado, apropiándose

de la victoria de otros y de todas las hazañas de al Azemmouri. Esta es su historia por la que no tuvo necesidad de invocar testigos para confirmar o refutar sus comentarios.

La historia original es la historia de los aborígenes, que relataron los episodios heroicos de Al-Azemmouri, como los escucharon de varios testigos. Al-Azemmouri permaneció en la Ciudad de México, trabajando con el gobernador durante treinta y dos meses, y viviendo con el apoyo y la estima de todos.

La séptima etapa: Cibola ... ¿por qué apresurar mi muerte?

Antonio Mendoza tuvo que esperar un largo tiempo para emprender una nueva misión exploratoria a la ciudad de Cibola, a través de Arizona y Nuevo México. Cibola estaba entre las siete ciudades de oro en la desenfadada imaginación de los conquistadores de la época. Era posible que Al-Azemmouri no quisiera seguir trabajando para los conquistadores ni quedarse en la Ciudad de México, tampoco confiar en los nuevos deseos del destino. Pero el gobernador decidió nombrarlo jefe de campo en una nueva misión, junto con la autoridad religiosa del monje franciscano, Marcos de Niza, que compuso un relato de esta última etapa de la expedición a Cibola; relato irrigado de una imaginación radiante, reflejada en las páginas amarillentas en las que se registró. El destino de Al-Azemmouri, que no sabía leer ni escribir, quiso que se encontrara con escribanos que traicionaban los pactos de la historia, fabricando falacias.

Los conquistadores estaban obsesionados con el asesinato, el saqueo y la mentira, Marcos de Niza fue misionero franciscano durante largo tiempo en Perú y obligaba a convertirse a los nativos al cristianismo con la violencia y el asesinato; así era el paradigma del pensamiento colonialista europeo en aquel momento, comportamiento evidente en todos los aventureros conquistadores, desde Cristóbal Colón. Al-Azemmouri era consciente de sus indomables deseos y medía la gravedad de sus prácticas inhumanas y mortales, de sus amenazas, a las que él mismo había sido sometido por Mendoza para obedecer a Marcos de Niza.

En febrero de 1539, comenzó la misión y el domingo, 21 de marzo del mismo año llegaron a la aldea de Pacaba, (Una tribu casi extinta, pero antes

una de las más importantes de la región del bajo Misisipi, que ocupa varias aldeas alrededor de la desembocadura del Arkansas, principalmente en el lado oeste Arkansas.) donde se acordó que Al-Azemmouri avanzara con sus hombres a unos cien kilómetros de Marcos de Niza; la comunicación entre ellos estaba asegurada por cartas que les daban información a través de señales y códigos que ambos habían acordado.

Al-Azemmouri avanzó en compañía de sus trescientos hombres □ que creían en él como en un demiurgo inmortal□, sus mujeres enamoradas de su leyenda iluminada por el Cielo, y sus más fieles seguidores, que se identificaban con su nuevo profeta, que los guiaba a la eternidad. En su camino, impreso en su mente como un tatuaje, Al-Azemmouri continuó ejerciendo lo que los nativos consideraban una misión celestial. Así pues, lo habían aceptado con afecto, y por el amor que las mujeres sentían por él y sus poderes se había hecho famoso. De hecho, Al-Azemmouri tenía otra visión de las cosas: se consideraba uno de ellos. No podía soportar la imagen del asesino conquistador que codiciaba el oro, porque él mismo era una víctima de los europeos. Su popularidad se había vuelto aún más grande después de aprender los dialectos más populares y entrar en armonía con ellos. Y ellos confiaban en él. A lo largo de todo el camino que le era familiar, al igual que sus aldeas y sus habitantes, lo recibieron con amabilidad al bendecirse con su baraka, impresionados por su fabulosa mirada envuelto en su traje de plumas, de sueños y aura celestial, y acentuada por su gran tamaño. Puntual, enviaba regularmente a De Niza su correspondencia, que incluía muchas mentiras, cuyo propósito era mantenerlo a una gran distancia de él, hasta que los separaron cuatrocientos kilómetros. ¡Sin duda, estaba convencido de la certeza de que no debía de ninguna manera servir al proyecto de los conquistadores! ¿No había visto cómo diezmaban a los aborígenes y sacrificaban todo por el bien del oro? Existen varias versiones sobre el final de Mostafa Al-Azemmouri, sobre la formación de una conciencia general de sí mismo y del otro. La versión oficial en castellano, en poder del monje franciscano, informó de que, al acercarse a Cíbola, como supo por una carta de Al-Azemmouri, se encontró con uno de los compañeros de Al-Azemmouri, llorando y temblando, quien le contó la historia de su asesinato: Al-Azemmouri había llegado frente a las murallas de Cíbola, al final, desde el verano de 1539. Después de conversar con sus

habitantes □ los habitantes de Cíbola temían su magia y la seducción que podía ejercer sobre sus esposas, según el rumor que se extendió sobre él □ entonces lo habían acribillado con flechas, al asesinar a sus trescientos compañeros. Los que pudieron soportar sus sangrientas heridas lograron huir al atardecer. El compañero rescatado también informó de que Al-Azemmouri había sido despedazado para asegurarse de que el Hijo del Sol era un ser mortal. Cuando los conquistadores, armados con un arsenal impresionante, volvieron a entrar en Cíbola, los nativos les entregaron su ropa como prueba de su asesinato. Pero la versión más plausible es que no se vio motivado por las intenciones asesinas de los conquistadores. De hecho, era un pacifista, amado y servicial. Por eso los historiadores proponen diferentes versiones de su final. Marcos de Niza relató una primera versión en su informe. Un año más tarde, se descubrió que había mentido en varios puntos.

Una segunda versión informa que Mostafa Al-Azemmouri, que llegó frente a las puertas de la ciudad de Cíbola, envió a dos emisarios al jefe de la ciudad, con un utensilio local de terracota y dos plumas, una blanca y una otra morada. Cuando los dos emisarios se presentaron ante el jefe de la tribu y le entregaron el utensilio, lo arrojó al suelo, enojado por haber leído el contenido, y les ordenó que se volvieran, amenazando con matarlos a todos. Los miembros de la misión sí se aventuraban a entrar en la ciudad. Mientras tanto, Al-Azemmouri intentó entrar, pero fue arrestado. Al día siguiente trató de escapar con sus compañeros. Los guardias de la ciudad los persiguieron y mataron a un gran número de ellos, incluido Al-Azemmouri, golpeado por las flechas mortales de los guardias. Esta versión también dice que el líder de la tribu zuñi ordenó la mutilación de los miembros de este hombre legendario muerto, y envió algunas partes a las tribus para asegurarse de que el recién llegado era solo un ser humano, y ninguno de los hijos del Sol.

El tercer informe relata que Mostafa Al-Azemmouri llevaba consigo un frasco rojo cubierto con plumas de búho, que la tribu zuñi auguraba la muerte y el dolor. Según una cuarta versión, la tribu zuñi de Cíbola lo puso bajo arresto domiciliario en una cueva fuera de la ciudad, después de un interrogatorio de tres días sobre las razones de su llegada a su territorio. Luego celebraron un consejo para decidir su destino, cuyo resultado no sabemos con seguridad. Sin embargo, lo que es seguro es que sus compañeros nunca lo volvieron a ver. Tom Kennedy (director del Instituto

de Cultura y Turismo Indios Zuñi de Nuevo México) contempló esta versión. Supuso que Mostafa al-Azemouri, que llegó frente a las murallas de Cíbola, preguntó a los habitantes por las joyas y las mujeres. Pero los jefes de la tribu se indignaron ante esta petición y le ordenaron que permaneciera fuera de las murallas. Pero insistió con rara audacia para entrar en la ciudad. Luego fue arrestado y ejecutado tras la decisión del consejo de jefes y ancianos de la tribu.

Sin embargo, la hipótesis omitida por los diferentes relatos es que la supervivencia de Al-Azemouri fue muy probable en el marco de un acuerdo con las tribus zuñi, para hacer que Marcos, y, por él, el virrey Mendoza, creyeran en la muerte de Al-Azemouri, que probablemente fue uno de ellos. La prueba fue que las tribus zuñi de Cíbola encarnaron a Mostafa Al-Azemouri en uno de sus ritos religiosos. Como radiante Hijo del Sol fue elevado a la categoría de deidad y vivió en secreto entre ellos hasta su muerte en la vejez.

Conclusión: Mostafa Al-Azemouri, presente en la memoria histórica de los americanos

En la cultura estadounidense y según todos los historiadores, Mostafa Al-Azemouri fue el explorador de los territorios hoy denominados Estados de Arizona y Nuevo México, y uno de los primeros descubridores de los Estados de Florida y de Texas. Su nombre siempre se celebra en las canciones de las tribus zuñi. Lugares de Texas y Arizona también llevan su nombre. En su memoria se erigen estatuas y se organizan festividades para celebrar su voz y su presencia pacífica y orgullosa. Se recuerda constantemente que encarna la imagen del africano, no del europeo, habiendo emprendido una de las aventuras más épicas por mar y por tierra, mostrando una gran capacidad para enfrentarse al mar, a las crisis, paciencia ilimitada, una aptitud infalible para aprender, representar culturas e interactuar en tolerancia con el otro.

Bibliografía selectiva

احمد بوشرب, دكالة و الاستعمار البرتغالي الى سنة اخلاء اسفي و ازموور ١٥٤١-١٤٨١ , الدار البيضاء, دار الثقافة 1984

Baltasar Dorantès de Carranza, Sumaria relación de las cosas de Nueva España, México City: Imprenta del Museo Nacional, 1902.

Fray Marcos de Niza, 1558-1495, Frère Marc de Nice, A la poursuite de l'utopie franciscaine aux Indes Occidentales. Ed. intégrale.

Goodwin, Robert, Crossing the Continent, 1540-1527, New York: Harper Collins, 2008.

